

IDOIA SARALEGUI SAN SEBASTIÁN



EL
LABERINTO
DE *Celia*



El laberinto de Celia

Idoia Saralegui San Sebastián

© 2020, Idoia Saralegui San Sebastián

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Decía Albert Camus “En las profundidades del invierno finalmente aprendí que en mi interior habitaba un verano invencible”.

Es el verano que Celia descubre en esta novela.

Y también el que a mí me hacen sentir las mujeres de mi vida. Mi madre y mi tía Mertxe, mis hijas, las Raqueles, Ruta 66, el coctel de colores, Olga, Esther, las Vitales, la Porra Electoral y todas esas otras que comparten mi vida cada día y me hacen recordar que el mundo es una maravillosa aventura.

Y Alberto, que ha tenido que aguantar la construcción de esta novela y, en medio del caos, ha sabido crear fotografías y risas para que yo solo tuviera que pensar en escribir y vivir.

Índice

- [1. LA BODA](#)
- [2. MATTHEW BUTLER](#)
- [3. CONVERSACIONES EN EL SALÓN DE INVIERNO](#)
- [4. MATÍAS VENTURA](#)
- [5. MARIDO A LA ESPALDA](#)
- [6. CONVERSACIÓN ENTRE HERMANAS](#)
- [7. LA PREOCUPACIÓN DE VALENTINA Y LUCÍA](#)
- [8. CONFIRMANDO SOSPECHAS](#)
- [9. ENCUENTRO EN EL DIARIO DE BELFERÍ](#)
- [10. PREPARANDO EL VIAJE A COLOMBIA](#)
- [11. MATÍAS Y CELIA RUMBO A COLOMBIA](#)
- [12. ALEJANDRO Y CAROLA](#)
- [13. EVELYN GUZMÁN](#)
- [14. CAMINO DE BOJAYÁ](#)
- [15. EN BUSCA DE RAÚL SALAS](#)
- [16. RECUERDOS DEL SILENCIO DE LA NOCHE](#)
- [17. DUDAS EN LA SELVA](#)
- [18. EN MANOS DE REGINA](#)
- [19. REFLEXIONES EN UN SOFÁ](#)
- [20. LA PELEA](#)
- [21. CELIA Y MATÍAS](#)
- [21. LAS PALABRAS DE DOÑA PETRA SALINAS](#)
- [23. DESPERTAR EN PACÍFICO SOLANO](#)

24. DESAYUNO Y BLOODY MARY

25. CAMINO DE EL ENCINAL

26. UN REFUGIO EN LA SELVA

27. EN MEDIO DE LA LLUVIA

28. LAS LUCES DEL POBLADO

29. EL ENCUENTRO DE LAS DOS HERMANAS

30. LA LECTURA DE MANOS DE MARÍA SALINAS

31. DOS PAREJAS EN BUSCA DE UN CONCIERTO

32. LA CONFESIÓN DE MATÍAS

33. STAND BY ME

34. LA ÚLTIMA CONVERSACIÓN

35. COMO UNA PLUMA MECIDA POR EL VIENTO

36. LA DESPEDIDA

37. REGRESO A CASA

38. UN CONCIERTO INOLVIDABLE

39. EL REENCUENTRO

40. CONVERSACIONES Y REENCUENTROS

41. LO QUE SE DICE VOLAR...

42. EL PARTO Y LA LUZ DORADA DE LA LUNA

43. CUATRO MESES DESPUÉS

SOBRE LA AUTORA

1. *La boda*

—¡Por tu culpa no llegamos puntuales a ningún sitio!

Celia llevaba notando el mal humor de Javier desde el mediodía. Su marido no había dicho ni una palabra en toda la comida y tampoco le había alabado el peinado que le habían hecho en la peluquería; aunque a eso ya estaba acostumbrada. Él no se fijaba nunca en ese tipo de detalles. Pero en esta ocasión no había levantado ni una sola vez los ojos del plato. Había llegado a casa con apetito. Hasta había rebañado la salsa con un trozo de pan, y eso que, en los últimos meses comía tan poco que había adelgazado casi cinco kilos. Ella, en cambio, no podía probar bocado. Posiblemente era cosa de los nervios.

Había pedido fiesta en el Conservatorio para estar tranquila la mañana de la boda de su hermana. No quería andar con prisas. Tenía que recoger el vestido que llevaría a la ceremonia. Después había estado en la peluquería, arreglándose la melena y maquillándose. Aunque últimamente no estaba demasiado satisfecha consigo misma, al menos verse con el pelo bonito y brillante le había animado un poco... Hasta que llegó a casa y Javier, como siempre, se dedicó a ignorarla.

Le alegraba lo que le había ocurrido a su hermana Carola, pero ni siquiera ayudarla con los preparativos de esa boda que esperaba con tanta ilusión le habían hecho levantar cabeza. Últimamente se sentía muy débil. Le preocupaba estar cayendo en una depresión. Siempre se había considerado una mujer fuerte, pero en los últimos tiempos... Y no podía permitirse bajar la guardia, sobre todo por sus hijos. Así que había decidido que la boda de Carola iba a marcar un punto de inflexión. La oportunidad de superar aquel bache, divertirse, celebrar y ponerse guapa, a pesar de toda la tristeza que había ido acumulando durante los últimos meses.

—Ya has visto que los críos estaban imposibles —susurró, cruzando los dedos para no enfadarle. Últimamente Javier estaba bastante irritable y todo lo que ella decía le parecía una afrenta personal —. Si, al menos me hubieras ayudado un poco...

Tal vez debía haberse callado.

No quería empezar a discutir con él a las puertas de la *Hacienda Curie*, el lugar que su hermana y Alejandro habían elegido para celebrar la boda. No podía estropear el buen ambiente. Sus padres siempre le echaban en cara cuánto discutía con su marido. Decía que era como si les gustara amargar las celebraciones familiares. En el quince cumpleaños de Valentina y Lucía se habían reprochado tantas cosas que su madre, al final, no había podido soportar la tensión y habita terminado llorando al ver que su yerno se llevaba de la fiesta a rastras a su nieto pequeño. También por eso Celia había decidido que aquel día, pasara lo que pasara, no iba a perder la compostura. Quería que la boda de Carola y Alejandro fuera inolvidable. Los dos se lo merecían, después de todo lo que habían luchado por su relación.

—Algo tendrás que hacer tú —siseó Javier, entre dientes—. Mientras yo me parto los cuernos para mantener a esta familia, tú te pasas el día jugando con tu piano. Así vive bien cualquiera...

Su marido tenía algo de razón. Era una afortunada por poder dedicarse a lo que más le gustaba en el mundo. La música era su vida desde que tenía uso de razón y poco después de casarse había conseguido sacarse la plaza de profesora de piano en el *Conservatorio Ruperto Gutiérrez* de Belferí. Tenía solo veinticinco años y, en aquella época fantaseaba con poder compaginar la docencia con algunos conciertos. Pero, en seguida, nacieron Rubén y Marcos y aquel sueño se convirtió en una misión imposible. Hacía

doce años y tres meses que era profesora y, durante ese tiempo solo había podido dar cuatro conciertos. Y dos de ellos habían sido al comienzo de su matrimonio. Después, había hecho una sustitución y una celebración de fin de grado. El resto del tiempo se había conformado con tocar en el Conservatorio, delante de sus alumnos. O en casa.

A Javier, en cambio, no le gustaba la música. Y era una lástima, porque amansa a las fieras. Era contable y dedicaba su vida a los números y los balances; pero Celia pensaba que, aunque no entendiera su trabajo, eso no le daba derecho para tratarla como si fuera una inútil o una ociosa. Se esforzaba mucho por cumplir con sus obligaciones laborales y, además, se ocupaba de que la casa estuviera limpia, la comida preparada, los niños queridos y su marido con las camisas planchadas... Siempre había creído en la responsabilidad de los dos miembros de la pareja, pero, al final había resultado que todo era un cuento chino. Al menos, en su caso, porque su hermana no opinaba lo mismo.

A veces sentía rabia y pensaba que se hubiera merecido un marido como cualquiera de los dos que había tenido Carola. Un hombre que compartiera con ella las responsabilidades domésticas y, sobre todo, una vida feliz. Alguien que le hubiera apoyado en su desarrollo profesional y que la quisiera incondicionalmente.

Prefería no darle muchas vueltas al asunto o terminaría por ponerse triste de nuevo. Y aquella tarde, en la boda de su hermana, no quería sentir ni un ápice de envidia. Solo disfrutar sabiendo que, al menos una de las dos había tenido suerte.

Abrió la puerta trasera del coche y ayudó a bajar a los niños que, como siempre, estaban discutiendo.

—¡Mamá! —gritó Rubén, el más pequeño, haciendo un puchero —Dile a Marcos que no siga pegándome...

Sus hijos se pasaban todo el día como el perro y el gato. Si seguían peleándose sabía que sus padres le acabarían diciendo algo y ella sufriría uno de sus habituales dolores de cabeza. Tenía que obligarles a que hicieran las paces antes de encontrarse con el resto de la familia.

—Le he pegado porque él me está molestando todo el rato —contestó Marcos, el mayor, con gesto retador, como siempre. Celia se preguntaba por qué su niño no conseguía relajarse jamás. Conforme iba creciendo, se le veía más nervioso; más crispado. Le gustaría saber qué era, exactamente lo que le sucedía para poder ayudarle. Pero su hijo mayor era hermético con sus sentimientos. Una auténtica fotocopia de su padre.

—¿Le estabas provocando, Rubén? —preguntó mientras le colocaba mejor el jersey a su hijo pequeño que, con la discusión se había desbarajustado. Estaban los dos muy guapos como correspondía a los sobrinos de la novia. Eran dos críos guapos y no solo lo pensaba porque fuera su madre. Tenía ojos en la cara.

—No, mamá, te lo prometo —contestó Rubén, con ojos de corderito degollado.

—¡Si hasta ha intentado quitarme la Nintendo! —se quejó Marcos, indignado —; pero, claro, como Rubén es el niño mimado de mamá, seguro que nadie le dice nada...

Celia suspiró, tratando de no enfadarse. Estaba superada. En realidad, llevaba semanas, tal vez algunos meses, con aquella sensación pesándole en los huesos igual que si cargase con una inoportuna losa. Era como si, de repente hubiera descubierto que la vida se le estaba rompiendo por todas las costuras. Y no conseguía encontrar el hilo con el que remendarla. Se sentía cansada de pelear, tratando de salvar su relación con Javier; sobre todo por la estabilidad de sus hijos. A veces se preguntaba si sus problemas matrimoniales no estarían causados simplemente por el estrés

que suponía tener que educar a dos niños tan intensos como los suyos.

—Hoy os tengo que pedir que os portéis bien en la boda de la tía Carola para que las primas y los abuelos se sientan orgullosos de vosotros —a veces tenía la impresión de que les hablaba como si fueran un par de bebés, pero necesitaba asegurarse que la habían escuchado y comprendían que se esperaba de ellos —. ¿Me habéis entendido?

—Sí, mamá... —contestaron los dos, con tono de cansancio, como si fuera un mero trámite.

Le colocó bien el cuello de la camisa al mayor y les arregló a los dos el pelo con los dedos. Sus angelitos diabólicos. A veces se imaginaba cómo hubiera sido tener una hija. Una niña cariñosa, inteligente y divertida a la que poner lazo y enseñar la vida... Ya nunca lo sabría, porque a esas alturas ya no se sentía con fuerzas para quedarse embarazada de nuevo e iniciar la crianza.

Cuando veía a Valentina y Lucía, las hijas de su hermana Carola, se moría de envidia. Las gemelas acababan de cumplir quince años, adoraban a su madre y siempre se esforzaban por ayudarla. Le hubiera gustado tener a ella también una niña con quien poder disfrutar, pero los chicos había nacido tan seguidos que se quedó sin fuerzas para seguir intentándolo. Tampoco Javier hubiera querido hacerlo. Se consolaba pensando que no se puede tener todo en la vida. Más había sufrido su hermana cuando se quedó viuda, después de quince años de feliz matrimonio y con dos niñas pequeñas que sacar adelante. Entonces Carola estuvo a punto de caer rendida y, sin embargo, allí estaban todos, a punto de celebrar su nueva boda con un hombre maravilloso.

Ella había tenido una segunda oportunidad de ser feliz.

Lo mejor era dejar de darle vueltas a los problemas y centrarse en pensar que, mientras hay vida hay esperanza.

Movió con fuerza la cabeza para espantar sus malos pensamientos y, de paso, ahuecarse la melena. Cogió a cada uno de sus hijos de una mano y se dirigió con paso firme y una sonrisa en los labios hacia el jardín donde se iba a celebrar la ceremonia. Le animaba escuchar el repiqueteo de sus tacones como una rítmica musiquilla. Javier iba delante de ellos, sin intención de esperarles y con gesto arisco, como si quisiera demostrar que seguía enfadado con el mundo. Celia solía preguntarse cuando se había vuelto tan hueraño. En qué momento había dejado de resultar agradable la convivencia con él.

Al abrir el gran portón Celia miró con admiración el lugar. Parecía sacado de una película. Un pequeño cenador de ligera tela blanca presidía el enorme y cuidado jardín de la *Hacienda Curie*, el lugar elegido por los novios. El patio, estaba repleto de sillas envueltas en tela blanca para los invitados, rematadas con pequeños ramilletes de flores, también blancas, en cada fila. El conjunto rebosaba felicidad, como si Alex y Carola hubieran pensado en cada uno de los detalles para poder hacer partícipes a sus amigos y familiares de toda su felicidad.

—Tu hermana y Alejandro siempre han sido unos horteras —dijo Javier, volviéndose por fin para dirigirle la palabra a su mujer.

—No digas esas cosas, que puede oírte alguien —susurró Celia, molesta. No quería que su familia volviera a pensar que su marido era esa persona quisquillosa, siempre dispuesto a sacar faltas a los demás —. Han contratado a una wedding planner para organizar todos los detalles de la boda.

—¡Una wedding planner...! —bufó, ya sin ningún disimulo —Lo dicho: son una pareja de horteras.

Lo cierto era que, si ella hubiese querido organizar una ceremonia de ensueño, también le hubiera gustado poder

contratar a Irene Sandoval, de *Neire Eventos*. Era famosa por el sentimiento que ponía en cada ceremonia que organizaba y, sobre todo, por la manera en que conseguía personalizar cada boda para construirla exactamente a la medida de la pareja de novios.

Celia vio a su madre ya acomodada en la primera fila, junto a la tía Sole. Que Carola se volviera a casar y, sobre todo que lo hiciera con Alejandro Ney, les había encantado. Conocían a Alex de toda la vida y le adoraban porque era el hombre más atento del mundo. También por eso se habían puesto sus mejores galas, dispuestas a estar magníficas en la celebración de aquel gran momento.

—¡Qué madrugadoras! —les saludó, sonriente.

—No tanto... Faltan diez minutos para que empiece la ceremonia —su madre la miraba de arriba abajo. Era una perfeccionista y debía supervisar personalmente que todo estuviera cómo debía estar. Celia contuvo la respiración levemente, esperando su sentencia —. Has venido muy guapa.

Agradeció que se lo dijera. Aunque ya no era una niña, todavía necesitaba la aprobación de su madre y valoraba cualquier piropo que viniera de ella. Era muy exigente y nunca ponderaba en vano. Siempre había pensado que entre doña Carolina y Carola, su hermana mayor, había un lazo irrompible que no siempre la incluía. Tal vez ni siquiera fuera verdad. Solo unos ligeros celos infantiles. “Eso es porque tú siempre has sido la niña de papá”, hubiera contestado su hermana, riéndose, si estuviesen hablado de aquello. Era cierto. Celia siempre había sido el ojito derecho de su padre; pero, algunas veces le hubiera gustado tanto que la incluyeran en aquella alianza que formaban las otras dos mujeres de la familia...

—¿Has visto ya al novio? —interrumpió su tía Sole —A pesar de sus años, está hecho un flan.

—Normal —contestó Celia, riéndose—. Para él esto es un sueño que se ha hecho realidad después de muchos años.

Alejandro iba a convertirse en su cuñado en menos de media hora. Llevaba alrededor de veinte años enamorado en secreto de Carola y cuando ya lo había dado por imposible, había conseguido llegar hasta su corazón. Desde entonces se confesaba el hombre más feliz del mundo. Celia sentía una extraña ternura, como un nudo en la garganta que le emocionaba y, a la vez, le daba algo de ganas de llorar. Su marido nunca, ni una sola vez en toda la vida, la había mirado de la manera que su futuro cuñado hacía con Carola. Era una sensación estrepitosa. Pero no le daba tiempo a regodearse en ella porque los niños se habían vuelto a escapar y ella no se sentía con ánimo de correr detrás de ellos subida a los tacones que se había puesto para lucir el vestido. Tampoco esperaba la ayuda de Javier. Se había sentado, sin siquiera saludar a su suegra, en la primera silla de la segunda fila y se leía el programa con un ligero gesto de desprecio.

—Podría usted controlar mejor a sus hijos, señora.

Un desconocido se había acercaba a ellas agarrando del brazo a Marcos, como si le estuviera llevando a rastras. El niño traía un gesto asustado, como si aquel hombre le estuviera haciendo algo de daño o le hubiera pillado desprevenido.

—¿Cómo dice? —preguntó Celia mirándole y sin entender a qué se refería. Se sentía avergonzada al sentir las miradas de su madre y su tía. Esperaba que nadie más lo hubiese escuchado. Al menos Javier ni siquiera había levantado la cabeza para ver qué estaba ocurriendo.

—¡Que su hijo ha estado a punto de destrozarme el equipo de música!